

## LO QUE ESCONDE EL RÍO

Marcos vivía en T., en la ciudad vieja que da al río. La ciudad era de ladrillos rojos, los altos edificios de viviendas para trabajadores se mezclaban con las casas bajas de color blanco. Decía de ella que era una ciudad de gigantes y enanos, y aunque los gigantes se comían a los enanos, estos les hacían cosquillas en los pies hasta que estornudaban y con ese gran soplo movían las nubes y el sol. De noche las luces de T. se reflejan en las negras aguas del río junto a las constelaciones negras de sus sueños. Encuadraba el cielo en sus ojos y pensaba. Marcos pensaba y leía libros en los lugares más extraños de la ciudad. Una piedra junto a un muro era un buen lugar donde leer, en el parque bajo sus plátanos de sombra, detrás del centro comercial, en el autobús de la piscina, junto a la fábrica de tomate, con los pies en el agua en los canales de riego.

Como todos los días llegó del instituto un poco antes de las tres. Llovía incesantemente. Traía el pelo empapado y sus deportivas rojas eran como cubos de agua. Rápidamente abrió la mochila, miró dentro de ella y comprobó que el libro que estaba leyendo esos días no se había mojado. El libro estaba seco como un almacén de harina. Lo abrió por el marcapáginas de color azul. Y comenzó a leer. *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. Llevaba días buceando en este libro, se diría que Marcos se encontraba en el meollo de esta extraordinaria y alucinante historia. Desde que había leído *El Quijote* no había salido por una ventana de palabras hacia otro mundo de igual manera. Marcos sentía como la tinta con la que estaba escrito el libro le envolvía como un capullo de seda a una larva. De pronto recordó que tenía que recoger a su hermano en las canchas de baloncesto en el río. Dejó el libro sobre la mesita de noche, pero de pronto, como una piedra mágica que irradiara luz, no podía dejar de mirarlo. Lo cogió y lo volvió a meter en la mochila envuelto en una toalla negra. Salió de casa y fue a buscarle. Hizo el camino bajo una lluvia fuerte, ensimismado en las copas de los grandes pinos. No sabía cómo salir de los hilos de la historia que estaba leyendo. Al llegar a las canchas llamó a su hermano con un grito, su hermano recogía en una gran red blanca los balones y le avisó de que tardaría un poco. Marcos se sentó en una piedra, abrió su mochila, sacó el libro que estaba envuelto en una toalla negra y comenzó a leer de nuevo. En ese instante una chica delgada y de pelo castaño con un paraguas de plástico transparente se sentó en el banco de enfrente, vio a Marcos leyendo bajo la lluvia. Marcos protegía el libro con un cartón. Comenzaron a mirarse, la calle mojada parecía ensancharse; otras veces se

estrechaba y casi podían darse la mano si tendían los brazos entre el tráfico. Silvia también leía un libro. Los dos sentían curiosidad. Los libros en los que estaban inmersos parecían imanes. El cielo de color metálico cubría la ciudad. Entre el gris aparecían iluminados a lo lejos los naranjos. Los únicos colores vivos que destellaban en la tarde eran sus rostros iluminados. Marcos cruzó la calle, se acercó a ella y le preguntó qué estaba leyendo. Silvia tapó con las manos el libro. Era un libro de poemas de Rosalía de Castro. “Si cierras los ojos o te das la espalda te leo un poema”, le dijo ella con una sonrisa pícaro. Marcos se giró y cerró los ojos mientras la chica leía un poema en voz alta. “Me gusta tu voz”, le dijo él. “A mí no”, contestó ella. “Siempre estoy ronca. Tengo una voz rota por culpa del humo y del frío”. En ese momento el marcapáginas del libro de Marcos se cayó al suelo. Ella lo recogió: era un paisaje abierto, un desierto de arena amarilla con una frase de Goethe. “La ignorancia es atrevida”. Me gusta Goethe, y es extraño que me guste Goethe, no lo entiendo muy bien, pero siento que las palabras me llevan por el aire, las palabras me calman, me llevan lejos de aquí. Marcos la escuchaba sin dejar de mirarla a los ojos. “Podríamos vernos en otra ocasión”, le dijo Marcos. Él cogió un lapicero que guardaba en el bolsillo y apoyándose en la contraportada del libro escribió su número de teléfono en el marcapáginas y se lo dio a Silvia. Marcos la miraba. Continuó mirándola hasta que su delgada silueta desapareció en un coche que la estaba esperando. Su hermano salió. Marcos lo tomó por el hombro y volvieron a casa. Marcos no pudo dormir esa noche. El rostro de Silvia era como una lámpara encendida en el techo. Desde aquel encuentro casual ella ocupaba todo el tiempo y el espacio en su cabeza. Cogió el libro, lo abrió y leyó hasta la madrugada. Los días pasaron lentamente. La ciudad se hinchaba y encogía como un animal rumiante. Un día salió el sol y Marcos se fue al río con su libro. Le gustaba leer en la orilla, al lado de los pescadores. Ese ritmo lento e impreciso del río le inspiraba para leer, se sentía de esa manera recogido en el mundo. Estando en el río sonó el teléfono. Era Silvia, él tartamudeó, se sintió profundamente feliz y aliviado, la mano le temblaba, las palabras de Silvia eran como agua entrando por su oreja. Se citaron al día siguiente por la tarde en un parque junto al viejo colegio. Decidieron pasear. Caminaron mucho tiempo junto al río. Ella hablaba y él escuchaba. Ella llevaba en bolso de lana otro libro de poemas. Se sentaron en un muro de piedra, ella sacó el libro y le leyó algunos poemas. Eran poemas muy breves de un poeta chino.

El sol se reflejaba como una perla en los zapatos de charol de ella. Mientras ella leía poemas, él miraba sus zapatos. En ese momento Marcos se perdió en el mundo. Las palabras, los poemas que ella leía le hacían volar hacia el negro de los zapatos, hasta que se vio montado en un caballo negro galopando hacia la sierra. Como en el argumento de *Un mundo feliz*, esa realidad que estaba viviendo dentro y fuera del libro se parecía cada vez más al mundo en el que vivían. Una nube tapó el sol y él levantó la cabeza para mirar el rostro de Silvia. En ese momento le dio un beso. Ella le agarró la mano y le dijo “Vamos, sigamos”. Se hacía de noche. Entraron en un café sucio y muy ruidoso. Se sentaron en una mesa junto a la ventana y se leyeron las hojas en las que se habían escrito cosas. “Esto es para ti”. Marcos leyó en ese momento un poema que le había escrito. Temblaba. Su voz inflamada de repente se redujo a un murmullo amarillo de flores secas. Cuando se separaron aquella noche, ella le regaló el libro del poeta chino. *El almendro negro*. De nuevo aquella noche Marcos no pudo dormir, daba vueltas en la cama. La voz de Silvia volvía a él como las olas de un mar lejano. Tenía el libro abierto sobre su frente, lo oía, se lo ponía en la oreja y escuchaba la caracola infinita de aquellas palabras breves y concisas en las que se veía sobre un caballo negro galopando hacia el mar. No podía dormir, se levantó de la cama y cogió las cañas de pescar. Estaba amaneciendo, cogió la bicicleta y se fue pedaleando hacia la antigua fábrica de la luz, en el río. El sol iluminaba ya los ocres y verdes de los cerros aguas arriba. Lanzó con fuerza y el plomo cayó en mitad del río. Dejó la caña clavada en la orilla. Marcos se sentó en el tronco de un viejo álamo y sacó el libro de su mochila: *Un mundo feliz*. De pronto su móvil vibró con fuerza. Era Silvia. Tras un largo rato hablando acordaron quedar de nuevo esa tarde. Esta vez en su casa. Marcos se iluminó. De pronto la caña se dobló y el sedal se tensó. Por la fuerza con la que tiraba de la caña el sedal se diría que un enorme pez había picado. Comenzó a recoger el sedal con el carrete, el pez tiraba con mucha fuerza. Mientras luchaba con el pez le vino a la cabeza el poema chino en el que la luz de la luna absorbía a los amantes bajo el sauce y se los llevaba hasta una boca azul. En ese momento se rompió el sedal y Marcos se quedó mirando el agua. Veía el rostro de Silvia en el sol sumergido. Una voz de agua muy diferente a la de Silvia, que siempre estaba afónica, le decía “Eres tú, eres tú, sólo eres tú el que ríes en mi corazón”.

Aquella tarde Silvia recogió a Marcos en la plaza Mayor y le guio despacio hasta su casa. En la casa de Silvia había un viejo tocadiscos. Silvia cogió un disco de Bob Dylan

y lo sacó de la carpeta con delicadeza. “Mira”, dijo. “¿Ves los surcos negros del disco? Yo los llamo soles negros. Me gusta poner nombres diferentes a las cosas, me gusta jugar con las palabras, ¿y a ti? ¿Te gusta jugar con las palabras? Anda, enciende la chimenea, seguro que fumas y siempre llevas un mechero”. Marcos se encogió de hombros. “No fumo. Mi hermano sí. Le roba los cigarrillos a mi madre”. Silvia se reía. De pronto sacó un cigarrillo del bolsillo de su abrigo. “Anda, enciende la chimenea. Me gusta jugar con las llamas, y coger una ramita prendida y encender un cigarro. Casi todos los poemas que te he escrito los he quemado después en el fuego, los guardo en la cabeza, me los sé de memoria. Cuando la hoja se transforma en humo me excito, aguanto en los dedos la hoja hasta que me quema”. Marcos se volvió a encoger de hombros. Ella le dio una calada, él le echó el humo en la frente. Se abrazaron. Él sentía que el mundo, la totalidad del mundo era estar abrazado a Silvia, y que el mar movía sus corazones como boyas a la deriva y que el cielo giraba sobre sus cabezas como una peonza azul. De pronto el disco de vinilo se quedó rayado en uno de los surcos. Una frase se repetía y se repetía. El fuego de la chimenea chisporroteaba, las pavesas caían en el pelo de Silvia y él suavemente se las apartaba. “Léeme poemas”, le dijo él. “Me gusta que me leas poemas”. Se tumbaron en el parqué. El sol de febrero se deslizaba lentamente tras los edificios rojos. Silvia desabrochó muy despacio la camisa de Marcos y le besó el pecho a la vez que le recitaba un poema de aquel poeta chino. “¿Soy yo quien anda esta noche por mi cuarto, o el mendigo que ronda mi jardín? Hay nubes y viento. El jardín está sombrío...” De pronto llegaron los padres de Silvia. Marcos se levantó deprisa y se abrochó la camisa. Estaba rojo como una manzana. La madre de Silvia miró al padre. Se acercó a él y sonriendo le dijo algo al oído. Los dos se rieron de la situación. Silvia estaba feliz y la llegada de sus padres no pareció ser para ella un contratiempo. Eran muy amables. Traían sushi. Mientras cenaban los cuatro, el padre comenzó a hablar del libro que estaba escribiendo, se quejaba todo el tiempo del ruido de la ciudad que no le dejaba concentrarse. A veces él se marchaba a la sierra donde tenía una cabaña y allí escribía en silencio durante cortas temporadas. Al terminar la velada Silvia acompañó a Marcos hasta la puerta. Mientras ella le daba un beso le metió en el bolsillo de su abrigo un libro muy pequeñito de tapas negras. *El mito de la caverna de Platón*. “No lo leas hoy, léelo mañana”, le dijo. Al día siguiente, caminaron por las vías del tren. Tras un largo rato caminando entre los ríos de hierro por los cuales se mueven grandes animales de metal llenos gente hasta el mar, llegaron hasta una pequeña estación de cercanías y se sentaron cansados en uno de los bancos del andén.

Silvia sacó un libro, lo abrió y leyó en voz alta. Llegaba un tren. De pronto Marcos cogió a Silvia de la mano y comenzaron a correr hasta el tren. “¿A dónde vamos?”, le preguntó ella mientras se subían al tren. “Al mar, al mar, vamos a ver el mar”. “El mar es otro libro”, le dijo él. El tren comenzó andar. Los dos miraban el paisaje y la sierra al fondo, ella se durmió en su hombro. Al despertar estaban en el mar. Mientras paseaban por la arena ella le dijo a Marcos que en dos meses se iría a Londres a estudiar. Marcos la miró y se metió en sus ojos como un pájaro que vuela en la inmensidad. “No me dejes”, le dijo. “Léeme siempre, no dejes de leerme nunca”. En ese momento ella le recitó un poema muy breve de Paolo Risco. “Pero una mañana al despertar tu mirada, tu rostro vi, y ya no aguante más y te seguí...” Pasó el tiempo muy deprisa, como un río joven e impetuoso que desciende de las montañas. No dejaron un solo día de estar juntos hasta que ella se marchó a Londres. Ese día, Marcos se fue al puente de hierro y tiró al río el pequeño libro de pastas negras que Silvia le había regalado. Pensó que era mejor deshacerse de todo, de no guardar nada, pues lo que se guarda en lo profundo de uno perdura para siempre intacto y limpio. No deseaba ningún peso, ninguna memoria rota. Dentro del libro había hojas con poemas que él ya se sabía de memoria. Pasados unos meses, mientras Marcos leía en su cuarto, el cartero trajo un paquete certificado. Era de Silvia. Lo abrió. Marcos quedó perplejo, era el mismo libro de pastas negras que él había tirado al río lleno de rabia y de amor. Dentro estaban las hojas en las que él había escrito los poemas para Silvia. También un billete de avión para Londres. Ella había escrito por detrás. “Te espero. No dejes de traer el libro que tanto me gustaba. No tardes”.